



# CHARLAS

## CON MI HERMANA

EP

### Feliz 1993, María

✉ Isabel Blas

Hermana, María ha muerto. Te escribo apresurada, dolorida todavía por la noticia que me llegó de sopetón, sin esperarla, no obstante saber, como sabíamos todas, que no estaba bien. Pero así era María, hermana. Una mujer discreta y fuerte, a quien la muerte tuvo que pillar desprevenida, porque, de otro modo, no hubiera sido fácil que le hubiera ganado la partida.

María era —acuérdate, hermana— la persona que aglutinaba esta revista libertaria que ahora tienes en tus manos. Sin escribir ella (algo que mal llevaba en su corazón, con el profundo dolor que produce todo lo irremediable) conseguía, con no poca constancia y muchas llamadas telefónicas (al menos conmigo), que todas nosotras, las colaboradoras de *Mujeres Libertarias*, le enviáramos nuestros originales con el tiempo justo para que, una vez tras otra y otra, la revista entrara en máquinas, como por milagro, y saliera a la calle a cumplir su misión. La misión para la que María la concebía...

No sé si te he contado alguna vez cómo conocí a María, hermana. Fue hace algunos años ya, un 8 de marzo, en

una manifestación del *Día de la Mujer Trabajadora* (como no podía ser de otra manera con una mujer tan politizada como ella). En estas y otras manifestaciones suelo yo acercarme siempre a las ancianas. Son una fuente de seguro disfrute. Enseguida hablan contigo, te dan su opinión sobre la manifestación, sobre la situación política actual, sobre el gobierno, sobre todo lo divino y lo humano, en suma. Y su opinión es valiosísima, normalmente. Me gusta escucharlas, porbar sus recuerdos, comprobar su rabiosa actualidad, verlas rejuvenecer a través de la palabra

Así fue con María. Enseguida que me puse a su lado comenzó a hablar conmigo, se enteró de mi vida y milagros, me habló de la suya y me embarcó, no sé cómo todavía, para colaborar en esta revista de mujeres, a pesar de mis intentos de evitarlo mencionando los inevitables títulos de crédito: falta de tiempo, exceso de trabajo, etc. Inútil totalmente, María, cuando quería algo, ponía en juego toda la terquedad de una libertaria de cuño duro, y se salía con la suya sin que tú te dieras apenas cuenta.

Cuando hablaba con ella —siempre con ocasión de entregarle los originales para las sucesivas ediciones de la revista—, aprovechaba María

para contarme cosas de su vida libertaria. Casi siempre de aquellos tiempos *del treinta y seis*, del primer franquismo, «*que fueron los peores años, claro. No sabes, Isabel, cuánta muerte, cuánta tortura, cuánta lucha...*». De su anarquismo irreductible hablaba con una punta de temor: «*Es necesario proseguir la lucha, Isabel, esto está muy mal. La gente no lo tiene claro en estos momentos*», me decía algunas veces. Otras, me hablaba de los compañeros de la CNT *de antes*, gente luchadora, bondadosa; gentes anónimas —como ella misma— que habían luchado, que seguían luchando, por las libertades, por la justicia, por la democracia, por la paz. Oyéndola, recordaba yo aquellas y otras parecidas historias escuchadas en nuestra familia, ¿verdad, Pepa?, en nuestro entorno cercano y querido.

María me recordaba inevitablemente a la abuela Amparo en lo físico (tan pequeñas y arrugadas ambas, tan de hierro...) pero se desmarcaba del concepto de *anciana* que, desde luego, no ejercía. Si en alguna ocasión empleaba yo con ella el truco de preguntarle por su familia, la casa, su vida doméstica, contestaba —desde luego— amablemente, pero segundos después retornaba a su discurso ideológi-